

El catequista, identidad, vocación y misión

Presentación de la catequesis del cardenal Lluís Martínez Sistach a los catequistas de habla española con motivo de la peregrinación de catequistas a Roma en el *Año de la fe*

✠ Mons. Amadeo Rodríguez Magro

Obispo de Plasencia y miembro de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

Queridos catequistas:

Con este encuentro iniciamos nuestra peregrinación a la tumba de Pedro. Hemos sido convocados por el papa Francisco en este año de gracia, que está suponiendo para toda la Iglesia un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe (PF 4). Estamos aquí para ratificar que el *Año de la fe* está constituyendo para nosotros una oportunidad única de reanimar, purificar, confirmar y confesar el don recibido en el Bautismo.

Hemos venido a confesar, con gratitud y alegría, que el amor entrañable de nuestro Dios nos ha abierto a un encuentro personal con Cristo, que ha transformado definitivamente nuestra vida y nos ha situado en el camino de la salvación. «Porque si profesas con los labios que Jesús es el Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás» (Rom 10, 9).

El don de la fe, como sabéis, madura en nosotros, en medio de la comunidad de los que viven en Cristo, hasta que se convierte en una fe profesada, celebrada, vivida y rezada. De este modo sintonizamos con la fe que se ha fraguado en la experiencia comunitaria de la Iglesia, la de los que nos han precedido y la de los que ahora la compartimos como contenido (*fides quae*) y como experiencia de vida (*fides qua*).

Pero una vez que la fe de la Iglesia se hace en nosotros experiencia cristiana, el don recibido se ha de convertir en don compartido: «la fe es un don que se recibe y se comunica como una experiencia de gracia y gozo»

(PF 7). No podríais ser catequistas si la fe que anunciáis, y en la que educáis, no hubiera hecho previamente el diseño de vuestra vida cristiana; es decir, si no ha iluminado vuestra razón, si no ha ido creando en vosotros una profunda mentalidad evangélica, si el amor de Cristo no es el motor de vuestros actos, si la fe no es la verdad que alegra vuestra existencia. Damos lo que somos y ofrecemos lo que nos ha sido dado. La sabiduría cristiana no se puede improvisar; proviene de la experiencia milenaria de la vida de la Iglesia, pero actualizada en la vida de cada catequista.

De la experiencia de la fe acogida en comunión y de la fe ofrecida en misión, sois todos vosotros testigos. Cuantos participáis en esta peregrinación a la tumba de Pedro para la *professio fidei*, venís del testimonio de vuestra fe, compartido en una tarea esencial para la vida de la Iglesia y para su misión evangelizadora: la catequesis. En este primer paso de vuestra peregrinación se os va a recordar la verdad y la grandeza de vuestra vocación y misión. Estad muy atentos a lo mucho de sabio y hermoso que se os diga. Pero si en algún momento vuestros pensamientos vuelan fuera de este bello templo que nos acoge, que sea para sentirnos rodeados por todos aquellos a los que acompañáis en vuestras parroquias, los adultos, jóvenes, niños, familias o mayores... El catequista nunca está solo, siempre su vida está referida a todos aquellos a los que acompaña. Vuestra vida es siempre una experiencia de comunión y de misión en la Iglesia. Y lo es hoy de un modo especial que confesáis la fe junto a Pedro. Es aquí donde mejor se conjuga el «yo creo» y el «nosotros creemos» de nuestra fe.

Porque, en efecto, la fe que transmitís es la fe de la Iglesia; es la Iglesia la que os envía y es en ella, en su misión, donde acompañáis a otros a madurar como cristianos. Colaboráis con la Iglesia doméstica, con la familia, y lo hacéis en vuestras comunidades cristinas. En las parroquias compartís la misma fe que profesaron los apóstoles, la que se ha ido enriqueciendo a lo largo de la historia y la fe común que compartimos fielmente los católicos de este tiempo. Recordad siempre que sois testigos de un conocer, de un celebrar, de un vivir, de un rezar común.

Y no quiero dejar de recordaros que todo lo que hacéis en nombre de Cristo, en la catequesis, está en la senda de su anuncio de salvación, y por tanto todo ha de estar impregnado de su buena noticia, de su Evangelio. Por eso, reforzad en esta confesión de fe peregrina que haréis como catequistas, vuestra convicción de que todo en la catequesis se sitúa en una doble fidelidad: a Dios y a quienes Dios le ofrece en Cristo su amor y su salvación. Afirmad bien y sólidamente los vínculos de vuestra fe con la persona de Jesucristo, pero evocad también la vida de todos aquellos a los que acompañáis como mediadores de un diálogo de salvación. Es en esta doble fidelidad como vuestra fe se muestra misionera. Por eso tendréis que

poner especial cuidado en que Jesús, en toda su verdad, y la vida de los que catequizáis esté presente en vuestra confesión de fe.

Si para ser fiel a la experiencia de vida de los que acompañáis le dierais de lado a la verdad y a la riqueza del mensaje de Jesús, les engañarais; y si ofrecierais mucha y completa buena noticia, pero no la hicieseis caer en la tierra que cultiváis, no se puede hacer vida y, por tanto, sería infecunda. Esta doble fidelidad es siempre imprescindible. Dad siempre a Jesús, y sed muy conscientes de que hay que hacer las cosas de tal modo que llegue a convertirse en experiencia de vida en la razón, en los sentimientos, en las actitudes, en los actos concretos. La doctrina ha de cristalizar en una mentalidad de fe.

Pues bien, para ayudaros a renovar una especial toma de conciencia de vuestra identidad y misión en la Iglesia, en el contexto de la nueva evangelización, tengo el gusto de presentaros a Mons. Lluís Martínez Sistach, sucesor de los apóstoles, íntimo colaborador de Pedro, uno de los que han tenido el honor de participar en la elección del último de sus sucesores, el papa Francisco. El Sr. cardenal de Barcelona, Mons. Lluís Martínez Sistach, os va a ayudar, estoy seguro de que en una profunda y bella catequesis. Me permito ofrecerlos, para quienes no los tengan actualizados, algunos rasgos de su biografía. No obstante, de todo lo que os diga, lo más importantes es que os va a hablar un sabio pastor de la Iglesia de hoy, un maestro de la fe, un testigo del Señor, ocupado y preocupado por la evangelización en su diócesis, en Cataluña y en el conjunto del Estado Español, donde es una voz pastoral digna de ser escuchada.

El cardenal Martínez Sistach nace en Barcelona el 29 del abril de 1937. Tras cursar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Mayor de Barcelona, fue ordenado sacerdote el 17 de septiembre de 1961. Entre 1962 y 1967 cursó estudios jurídicos en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma, doctorándose en Derecho Canónico y Civil. Terminados sus estudios en Roma, ejerció diversos cargos en su diócesis, muchos de ellos vinculados a su formación jurídica, en la que es considerado una autoridad. También ejerció la docencia en diversos centros universitarios de Cataluña: Facultad de Teología. En 1979 fue nombrado Vicario General de la archidiócesis de Barcelona.

En 1987 es nombrado por el beato Juan Pablo II Obispo auxiliar de Barcelona. Cuatro años más tarde, en 1991, lo fue de Tortosa. Y el 20 de febrero de 1997 fue promovido a Arzobispo Metropolitano de Tarragona, responsabilidad que ejerció hasta el 15 de junio de 2004, cuando fue elegido Arzobispo Metropolitano de Barcelona. En el Consistorio de noviembre de 2007 fue creado Cardenal.

En la Curia Romana es miembro, desde mayo de 2008, del Pontificio Consejo para los Laicos, del Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos de la Iglesia y es también miembro del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. Desde junio de 2010 es miembro de la Prefectura de Asuntos Económicos de la Santa Sede.

En la Conferencia Episcopal de Barcelona ha sido Presidente de la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos, miembro de la Comisión Permanente y miembro del Comité Ejecutivo. En la actualidad es Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia desde 2011.

Parroquia de San Gregorio VII, Roma
Sábado, 28 de septiembre de 2013